

«Es ésta — comenta Unamuno — una de las más quijotescas aventuras de Don Quijote, es decir, una de aquellas que elevan más alto el corazón de los redimidos por su locura. Esta vez Don Quijote no busca contienda para defender a un necesitado o enderezar un entuerto o reparar una injusticia, pero sí en defensa y conquista del reino de la fe. Quería hacer confesar a aquellos hombres, cuyos corazones mercantilizados veían solamente el reino material de las riquezas, que existe un reinado espiritual, redimiéndolos así a todas costas.

«Los mercaderes no se dieron por vencidos a las primeras, y, rehacios a los discursos, acostumbrados a lo ambiguo, estiraron la confesión, aduciendo como disculpa el no conocer a Dulcinea». Y aquí Don Quijote monta en quijotismo y exclama: «Si yo os la hiciera ver, ¿qué mérito habría en confesar una verdad tan manifiesta? Lo importante es que, sin verla, creáis, confeséis, juréis y sostengáis». ¡Admirable Caballero de la Fe! ¡Cuán profundo es el sentido de tus palabras! Fuiste de tu pueblo — del pueblo español — que bien alcanzó lejanías con la espada en la diestra y en la siniestra la cruz, para hacer confesar a desconocidas gentes un credo que ignoraban. Sólo que alguna vez equivocóse de mano, levantó la espada y golpeó con el crucifijo». No podríase mejor, en pocas palabras, exaltar el verdadero carácter del héroe creyente y — al mismo tiempo — disculpar la ignorancia religiosa de los españoles y los horrores de sus conquistas de allende los océanos.

Mas, si comenzara a citar páginas, correría el riesgo de no detenerme más: podría citar medio libro. Cada capítulo está enriquecido por sorpresas exegéticas, por descubrimientos imprevistos, agudezas razonables, comparaciones singulares y no usuales pensamientos.

Todos aquellos que quieran entender mejor al eterno Don Quijote y quieran acrecentar su amor para la infeliz y desconocida España, deben volver a ella, siguiendo la voz de este Unamuno, que está entre los más austeros despertadores de espíritus que existen hoy en el mundo.

Trad. de ATILIO E. CARONNO.  
(La Nación, Buenos Aires).



## Un grito del corazón:

Hermosas palabras de un hombre libre

NOSOTROS, mensuario bonaerense de crédito y renombre internacionales hispánicos, publica en su edición de diciembre de 1923, esta carta sensacional del insigne y atormentado Unamuno. Creemos que no habrá corazón vigilante de buen americano y celoso de su decoro y de su libertad, que no se conmueva con el entrañable grito del sumo escritor y sumo patriota. Esta es la carta, esno ha mucho, crida a un distinguido profesor español residente en Buenos Aires:

«XI-1923.—Lo he escrito (se refiere a un artículo) aprovechando la mudez a que me condenan esos bárbaros del suspensorio, los del ganso real que han ido con S. M. a Italia, que tachan ya sistemáticamente lo que lleva ciertas firmas al pie. Que luego, con otra firma o sin ella, pasa sin dificultad. Y luego los miserables esclavos que emborronan ese papel higiénico que se llama *El Sol—Sol!*— dicen que hay libertad de propaganda liberal y que las izquierdas se contienen el resuello. ¡Miserables! Eso es burlarse de que se calla uno a quien le ponen mordaza.

Yo creí que ese ganso real que firmó el afrentoso manifiesto del 12-IX, padrón de ignominia para España, no era más que un botarate sin más seso que un grillo, un peliculero trágico-cómico, pero he visto que es un saco de ruines y rastreras pasiones o un fantoche del lóbrego y tenebroso Martínez Anido, el dueño de esta situación tiránica. He recibido una larga carta de don Santiago Alba, en que éste me cuenta, y documentalmente, lo que con él está haciendo esa canalla, y da vergüenza ser español y de que haya hombres civiles, que se creen honrados, que colaboren con esa gentuza corroída de rencores de lenocinio.

Aquella invitación a la denuncia secreta ha remejido el pozo ponzoñoso de la que Menéndez Pelayo llamó la «democracia frailuna» española, el sentido demagógico inquisitorial, y se está viendo al descubierto el terrible cáncer de España que no es el caciquismo, sino la envidia. Envidia, envidia; odio a la inteligencia.

Malo, muy malo era aquello, pero esto es peor. La lepra carlista de los vencidos en 1820 y en 1840 y en 1876 vuelve a brotar; curas y curoides, sacristanes furrieles y asistentes ratés (como Maeztu y Grandmontagne) se

ponen al lado de esa porquería del suspensorio. Y blasfeman exclamando: ¡Justicia! No, de la justicia no se les da un ardite. Que no es justicia insultar a uno e impedirle que se defienda en público, ni es justicia dejar pasar lo que dijo Silvela, de que parte del dinero del juego iba al gobierno civil de Barcelona, y no investigar qué hacían con él el Martínez Anido «ese» y la hiena de presa, el Arlegui que le sirve. Y ese repugnante papel higiénico, aplaude a esa canalla.

Me ahogo, me ahogo, me ahogo en este albañal y me duele España en el cogollo del corazón. ¡Y aun hay que aguantar que hablen de misticismo! ¡Y de nuevo concepto de la libertad! ¡Mejor, Cierva!

Nos están deshonrando.

Y luego, mentir, mentir, mentir. Atribuirse, mintiendo, no equivocándose, la casi unanimidad de la opinión pública y mentir en cada problema que atacan.

Me han dicho que Marañón iba a organizar, no sé si bajo el amparo del suspensorio o de *El Sol*, un partido de izquierda, supongo que monárquico. Le he escrito que no lo haga. Que lo liberal ahora es aguardar, mordaza en boca, y hacer saliva, para luego escupir verdades a esa beocia encanallada, y que ya liberalismo y monarquía son incompatibles en España.

¡Quién me había de decir que al acercarme a los sesenta, sentiría el peso de aquella cancerosa tradición, de aquel tradicional cáncer que hacía estallar bombas sobre mi cabeza cuando tenía diez años! ¡Pobre España! ¡Pobre España! ¡Pobre España! Dan ganas de morirse.

¡Basta, que lloro de veras!»

## Pro-Unamuno

Heredia, Feb. 1924.

Mi amigo don Joaquín:

Usted sabe que leo y he leído con predilección a don Miguel de Unamuno, en quien, entre otros profundos placeres, recibí la inquietud de conocer algo de Sören Kierkegaard y de Carducci. Pensando en el ultraje inferido a don Miguel, los he recordado a ambos.

Decía Kierkegaard que en un gusano se podría considerar como pecado el tener ciertos pensamientos, pero que no en un hombre creado a imagen de Dios. Me parece que Unamuno ante